

# Notas para descubrir (se en) el **Trazo**

Alejandro Colín Arriaga  
Síntesis Creativa

Nuestros razonamientos se fundan en dos grandes principios. Uno es el de contradicción, en virtud del cual juzgamos falso lo que encierra contradicción, y verdadero lo que es opuesto a, o contradictorio con, lo falso. El otro es el de razón suficiente, en virtud del cual consideramos que no puede hallarse ningún hecho verdadero o existente ni ninguna enunciación verdadera sin que haya una razón suficiente para que sea así y no de otro modo, aun cuando esas razones nos puedan resultar, en la mayoría de los casos, desconocidas.

GOTTFRIED W. LEIBNIZ

**DE ENTRE LOS ELEMENTOS** que integran la disciplina del dibujo, el trazo es una entidad capitalmente subrepticia, su elocuencia es sospechosa de guardar infinitos secretos.

El trazo es la gramática del dibujo, se manifiesta como verbo en multiplicidad de persona, número, tiempo, modo y aspecto.

Para tratar de definir lo más cercano y comprensible a lo que determina a un trazo, se puede decir que es un acto de la voluntad, contenido y comprendido en un movimiento cargado de ímpetu –brío de acción– y sentido. Por principio de contradicción, también se puede decir que un trazo no es la huella o grafía que da forma a un dibujo o representación, aunque así lo verifiquemos y usemos en oportunas acepciones, en distintos lenguajes:

El trazo de sus calzadas revela una ciudad portentosa...  
lo sinuoso de su figura trazó mi destino...

En dibujo, trazar es una acción o conjunto de acciones que distingue, selecciona y señala al tiempo sobre aquello que le dota de sentido. Se revela representando algo y permanece oculto en la propiedad del dibujante; nos asombra, nos maravilla o nos fascina, por eso es una acción subrepticia.

El trazo comparte en la dimensión humana cuerpo, visión y entelequia como fundamento de la acción de dibujar, al igual que en una sinfonía: nota, ejecución y sonido, todo junto es eterno. Esto supondría una crítica de la oposición habitual entre pasado y futuro, toda acción tiene un principio y un fin, pero el trazo se ancla en el instante que es presente eterno.

Trazar es ir a la aventura.

Anclado en la dimensión orgánica, el trazo como acción humana es certero o falible, escindido de las teorías conductistas y en relevo del ensayo y el error como experiencia vital. Todo trazo es perfectible en su repetición, pero cada acción repetida no es la misma, aunque pretenda igualdad. El error supone, de algún modo, certeza, pero cada trazo ejecutado es una idea que se fija y se va. La repetición de lo mismo es un recurso para alcanzar su eternidad. Y hay que ir a la génesis de éste en su naturaleza humana y personal para encontrarlo, esta experiencia orgánica es la que otorga su constitución estética.

En la huella de sus trazos se reconoce a la persona y al dibujante, y un dibujante entiende a otro a través de sus trazos. En la huella de los propios trazos se reconoce uno mismo y se entiende lo que se dibuja de una manera personal, única y especial, lo cual no supone la falsación de lo representado, sino la ejecución e interpretación como una decisión en medio de la duda, la certeza y la opinión.

Confiar la lectura de un trazo en la genialidad, una mano privilegiada o al entendimiento racional no es suficiente, de hecho es sospechoso, nunca estamos exentos del error. El trazo no es una hipótesis, sino una hipóstasis en la que el dibujante se manifiesta. El trazo es la firma del dibujante.

Hay trazos tantos, infinitamente inmensurables a los pensables o describibles, los hay muy serios, lúdicos, desmadrosos, tímidos, voraces, cachondos, lentos, suaves, profundos, violentos..., tantos como somos o estamos.

Como dibujantes, nuestros trazos son los mejores críticos. Los trazos son la voluntad de dibujar. La voluntad de vivir. La forma de vivir. 